

AÑO VIII.—N.º 8.—AGOSTO DE 1926

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA
ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :

TOMAS CADAVID RESTREPO

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO

	Págs.
En San Pedro Alejandrino, <i>Tomás Cadavid Restrepo</i>	195
Bendición de la primera bandera, <i>Guillermo Jaramillo Btos</i>	200
Cantón de Marinilla o la Provincia de Oriente, <i>Ulpiano Ramírez Urrea</i> , Pbro.....	202
25 años a través del Estado de Antioquia, <i>Estanislao Gómez Barrientos</i>	211
Cañasgordas, <i>Juan de la C. Congote</i>	263
Apuntamientos sobre genealogías de Antioquia, <i>Alfonso Hernández de Alba y Lesmes</i>	268
Notas, <i>T. C. R.</i>	271

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN

Director, *Ricardo Jaramillo R.*

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director, **TOMAS CADAVID RESTREPO**

Presidente de la Academia.

AGENTE: **CARLOS A. MOLINA**, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

AÑO 8º || MEDELLÍN, AGOSTO DE 1926. || NÚMERO 8

EN SAN PEDRO ALEJANDRINO

Anhelo vehemente de mi vida fué visitar el lugar donde expiró el Libertador de la América. Aquel sitio es y será venerando para todo el que ame la Patria, respete el dolor y admire la grandeza. Porque allí acabó el más excelso de los libertadores, el más insigne de los americanos y el más poeta de los guerreros; esa muerte desolada y esa agonía tan cruel no podían ser sino la gota de amargura que la gloria vierte en la copa de sus elegidos.

A pocos kilómetros de Santa Marta está situada la quinta de San Pedro Alejandrino, que la gentileza de un enemigo brindó a Bolívar, cuando el Padre de la Patria no tenía ni techo, ni pan, ni almohada dónde reclinar su cansada y olímpica cabeza. El viaje es corto, pero pesado, pues el automóvil no se desliza por el angosto sendero, sino brinca por entre matorrales y barrancos.

Era el 11 de junio de 1925; D. Ambrosio Delgado, culto y gallardo amigo, se dignó acompañarme en tan triste peregrinación patriótica.

En pasando el río Manzanares se entra en la célebre quinta, la que a pesar de estar situada en sitio despejado y pintoresco, se presenta al viajero, seguramente por noble sugestión del dolor, como triste, demasiado triste; parece que la sombra del inmortal Bolívar, como la del viejo rey Hamlet, estuviera allí presente velando la casa que oyó el postrer suspiro, que la ingratitud y el desengaño hicieron más profundo y melancólico, y co-

mo increpando a los colombianos la falta de cariño y respeto a su augusta memoria.

Nadie que tenga un tanto de sentimiento, permanece impasible ante ciertos espectáculos: el Tequendama y el mar, por ejemplo, arrancan a cuantos los vean una demostración de sorpresa; así, no es posible estar en San Pedro Alejandrino sin experimentar impresión de angustia y vergüenza, porque esa casa es el testimonio vivo de lo que han sido entre nosotros las pasiones políticas, que no respetaron ni la misma majestad que, cual fulgente aureola, circundaba la persona de Bolívar.

En el patio de la entrada se alza una estatua de mármol; las leyendas del modesto pedestal hablan del Libertador, como podrían hablar de Bonaparte o Wellington; nadie adivina en ese bloque blanco la efigie inconfundible, de perfiles clásicos y expresivos del Héroe; tal monumento estaría bien para recordar a un cadete común y corriente, pero nó a Simón Bolívar.

La casa está aseada, pero nunca se conserva con el decoro debido. En la pieza donde expiró el Libertador hay incrustada una hermosa placa de mármol, en la que, en letras de oro, se lee una inscripción romántica, como homenaje de la prensa de Caracas al grande hombre. En un rincón se ve la mesa en que el noble y venerable Dr. Reverend hizo la necropsia; aunque con dificultad, se perciben algunas manchas de sangre. Hay muchas coronas en los muros.

Hay también en otra pieza una galería de retratos de próceres, colocados sin orden ni gusto. Pregunté al guardia-celador por el reloj que marcó la hora de la una de la tarde, tres minutos y cincuenta y cinco segundos en que voló a Dios el "espíritu más grande que ha animado el barro humano", y que el médico, con el espíritu de un francés auténtico, rompió en señal de duelo, y me contestó que un temblor de tierra lo había despedazado.

Existe un álbum en que los visitantes dejan la firma o escriben algún pensamiento. Entre miles de tonterías hay frases profundas y bellas, pero me pareció aquello, si patriótico y noble, muy reñido con la estética y aun con la reverencia que impone Bolívar y cuanto a él se refiere.

Sabedor de que D. José de Leiva es dueño de reliquias del Libertador y conoce tradiciones muy intere-

santes relativas a la última enfermedad y muerte de aquél, rogué a mi excelente amigo D. Ambrosio Delgado me presentara al distinguido señor, descendiente como es, del marqués D. Joaquín de Mier.

En elegante y espaciosa casa, de estilo español, y no lejos de la primorosa bahía de Santa Marta, habita el señor de Leiva. Con la más exquisita cultura y bondad nos mostró varios objetos que pertenecieron a Bolívar y contestó a cuantas preguntas le hicimos mi compañero y yo.

A esta casa, dijo el gentil amigo, llegó moribundo el Libertador el 10. de diciembre de 1830; era tal la prostración en que estaba que no pudo subir la escalera del balcón; era ya un agonizante. Persona muy influyente de Cartagena rogó por carta al marqués de Mier que llamase a Bolívar, pues temía que el Gobierno persiguiese y arruinase a los que recibiesen en su casa al pobre proscrito.

Entonces D. Joaquín de Mier, realista convencido, cuyo padre había muerto en las prisiones de Bocachica, adonde lo enviaron los republicanos, dijo que él recogía en su casa al Libertador y que desafiaba las iras de los que tanto lo odiaban. En efecto, una vez que recibió la carta envió un bergantín de su propiedad, pues era hombre de grandes negocios, para que de Sabanilla viniera Bolívar a la ciudad de Bastidas.

En su casa conserva el Sr. de Leiva varios objetos del Libertador; recordamos ahora los siguientes: el escritorio en que firmó su testamento y su despedida de los colombianos el 10 de diciembre; un bastón y el uniforme que regaló al señor de Mier para que mandara la escolta en sus funerales. El General Montilla, afirma el Sr. de Leiva, llamaba por broma General al Sr. de Mier, pero sin que éste tuviera nada de militar. El Libertador, quizás por gratitud, quiso darle el título y honrarlo así ordenando que dirigiese la escolta en su entierro (1), como en efecto lo hizo, pero sin llevar el uniforme del Libertador, por temor de que se contagiara de la tuberculosis.

Nos observó el caballeroso señor de Leiva que había afirmaciones erróneas históricas respecto de la permanencia de Bolívar en San Pedro Alejandrino. Es falso, nos

(1) El General Montilla sirvió de apuntador; cuando en el entierro, de Mier daba alguna orden, era porque aquél se la había indicado y, una vez desempeñada, se volvía a Montilla diciéndole: ¿lo hice bien?

afirmó, que el grande hombre saliera a descansar a la sombra de los árboles de la quinta. El ilustre enfermo llegó en tal postración que sólo una vez lo sacaron en brazos al corredor delantero y pronto dijo que se sentía muy fatigado, que lo llevaran al lecho; para firmar el testamento y dictar la última proclama lo condujeron a la sala el 10 de diciembre, ya de noche y después de haber recibido la comunión de manos del Ilmo. Sr. Estevez, su amigo muy estimado.

Cuando esto exponía el señor de Leiva, le pregunté: “¿Se confesó el Libertador o nó? Algún historiador moderno ha pretendido probar que el Padre de América murió impenitente”.

El Libertador, me contestó, era creyente y se confesó y comulgó con toda la unción de un hombre de fe. Quien le advirtió que debía cumplir con los últimos deberes de un cristiano fué el marqués de Mier, y Bolívar accedió a ello de muy buena voluntad. El santo viático fué traído de Mamatoco por el cura del lugar, pero lo administró al moribundo el Sr. Obispo de Santa Marta.

Esta narración me acabó de confirmar en la creencia de que Bolívar no era ateo ni impío. Su vida pública lo revela como creyente, aunque en un principio hubiera sido de ideas un tanto extraviadas, como lo fueron Nariño, Santander y muchos de nuestros próceres. Conviene recordar el pasaje que tan gallardamente narra el austero historiador Posada Gutiérrez, y que tiene toda la fuerza que da la sinceridad más íntima de quien ya nada espera de la tierra. Dejemos que la pluma del ínclito historiador narre tan patético episodio.

“Un día, estrechado por el General Montilla, por los señores Juan de Francisco Martín, Juan García del Río, Juan de Dios Amador, y por otros ciudadanos honorables, en quienes confiaba y debía confiar, que le hacían estas observaciones, les contestó con despecho: **‘Tienen ustedes razón, nobles amigos míos: por mi voluntad estaba resuelto a irme; echado, no debo hacerlo, por el honor mismo de Colombia, por el honor de Venezuela. Además, me siento morir, mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta y una cuenta terrible, como ha sido terrible la agitación de mi vida, y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros; rodeado de sacerdotes cristianos de mi país, y con el crucifijo en las manos: ‘no me iré’.**

Y al pronunciar estas palabras en que rebosaban la dignidad del hombre público y la contrición del cristiano católico, dos lágrimas corrieron por las hondas mejillas del más noble, del más generoso, del más grande de los suramericanos'' (1).

Esta confesión la hizo Bolívar en el momento más amargo de su vida, después de haber recibido la notificación cruel e infame de que Venezuela pedía a la Nueva Granada su expatriación; entonces sus amigos con mucho acierto impidieron que se fuera para el Exterio.

Muy conocida es la leyenda de que cuando amortajaban el cadáver del Libertador no se encontró camisa, y que el Dr. Reverend le dió una de las suyas. El historiador Capella Toledo afirma que lo vistieron con la camisa del último Cacique José de la Concepción Núñez y Manigua o **Minca Aracataca**. Cuanto a esto, opina el señor de Leiva que es falso y dice, no sin razón, que un hombre de la talla de Bolívar, por pobre que hubiera estado, nunca hubiera llegado al extremo de carecer de ropa, y que de haber proporcionado la camisa habría sido el señor de Mier, dueño de la casa, y nó el Dr. Reverend, quien sólo iba una o dos veces al día a visitar al enfermo.

La visita a San Pedro Alejandrino es capaz de inspirar una elegía digna del egregio muerto, pero quien no pulsa una lira de oro ni vibra una pluma maestra, se ha de contentar con tributar en silencio un homenaje de amor, respeto y gratitud al excelso Simón Bolívar, o cuando más, como en el caso presente, a hacer algunas rectificaciones históricas que puedan ser útiles a quienes desde la cátedra transmiten a los niños la belleza de una vida y la grandeza de un hombre, de cuya desaparición se puede decir lo que Manzoni de la de Napoleón:

No existe! Y como yace inmóvil, yerto
Cuerpo que alma tan grande ya no hospeda,
Así también cuando se dijo: "Ha muerto",
Atónito, en silencio, el orbe queda (2)

Tomás Cadavid Restrepo

(1) Posada Gutiérrez. Memorias Histórico-Políticas; tomo 1º, página 421.

(2) Traducción de M. A. Caro.